

se han servido se disimula entre los asistentes que, formando círculo, se lo pasan por detrás unos á otros, igual que se hace entre nosotros en algunos inocentes juegos populares, en los que pasándose de unas en otras manos un objeto pequeño, se pierde de vista la mano que lo retiene. Y mientras la hoja metálica circula, cada cual habla al muerto para distraer su atención; todos tienen algo de particular para decirle.

En señal de duelo, la viuda itayana modifica sus vestidos, se abstiene de ciertos alimentos y de diversas ocupaciones. Por deber riguroso, se priva de todo cuidado de limpieza. Los amigos se tapan una fosa nasal con un tapón de hierba, y no se la destapan hasta pasados varios días; ingenuo símbolo que quiere decir: «¡No respiramos más que á medias, estamos medio muertos de pena!» Los que sufren verdaderamente se lanzan á aventuras peligrosas para desvanecer sus penas con las fatigas físicas, y ahogar su dolor en la excitación apasionada que proporciona el sentimiento del peligro.

A nuestra fiesta de Todos los Santos y nuestras misas de fin de año, corresponden allá con fiestas y aniversarios que, según las regiones, celebran con bastante diversidad; pero por todas partes danzan, saltan y representan pantomimas que tienen la pretensión de ser biográficas; las fiestas se celebran á expensas de las familias, que se desposeen de todo para hacer bien las cosas, distribuyendo con largueza sus vituallas y abrigos. Los que no pueden hacer otra cosa, dan objetos de poco

valor, pero ninguno de los asistentes á la fiesta se vuelve con las manos vacías.

A propósito de las siluetas descubiertas en los fósiles de Thayingen, se observó que los pueblos niños poseían la facultad de producir dibujos superiores á los de nuestros escolares.

A esta aserción apriorística se ha contestado con numerosos ejemplos: los bosquimanos, los australianos y muchos otros. Los inoítas representan con bastante corrección escenas de caza y pesca de osos, focas y ballenas (1). Guijarros puntiagudos, cuchillos malos, marfiles de extremada dureza, cuernos retorcidos, huesos de curva irregular...; ¡cuán ingrata la materia, cuán rebeldes los instrumentos! Riuk ha hecho ilustrar su volumen de *Cuentos Inoítas* por un artista del país, cuyos dibujos ingenuos, pero muy expresivos, podrían pasar por antiguas estampas, que se disputan los aficionados. Se recomienda á los inteligentes una colección de tablillas grabadas por los naturales.

Esos esquimales poseen en alto grado el sentido de la forma y de las proporciones relativas; dominan la abstracción geométrica con tal facilidad, que han levantado mapas de su país bastante exactos para servir á los exploradores. Los planos de Nutchegak y otras localidades, trazados por Ustjakof, uno de esos salva-

(1) *Kaladlit Assialiait*. Impreso en Gothach de la Groelandia por Moeller y Berthelsen, 1860.

jes, han sido tenidos durante mucho tiempo por trabajos suficientemente correctos. Hall ha adornado con una plancha de *Rescue Harbour*, obra de Cudjissi. Rey enseñó una de sus cartas marinas á un indígena, que la comprendió bastante bien, pidió un lápiz y trazó otra con mayor cantidad de islas, — preciosa adición. Ese talento no deja de realzar á los esquimales, y darles no poca importancia en el estudio de la mentalidad. Indos y guebros, tamules y musulmanes, muy inteligentes en otras materias, no comprenden nada en nuestros dibujos, grabados y fotografías, presentándose con una torpeza extraña. Un sabio brahmán, al que se le enseñaba la fotografía de un caballo vencedor en el Derby, preguntaba con seriedad, que parecía sincera: «¿Representa eso la real ciudad de Londres?»

Después que Daltón descubrió en sí mismo que todos los hombres no ven los colores del mismo tono, se ha observado, con sorpresa, que la ceguedad total ó parcial con respecto á ciertos colores es un hecho fisiológico bastante frecuente: la parte completamente central de la retina se presenta sólo sensible á las tonalidades, pero la luz y la sombra la impresionan en toda su extensión. Sobre esto, los lingüistas, Geiger al frente, creyeron aportar á la doctrina de la evolución una prueba decisiva. Consignando que los nombres de los colores asignados por Homero á ciertos objetos no cuadran manifiestamente bien con los que nosotros les atribuimos — de modo que Apolo no tuvo el pelo violeta (si es que nuestros léxicos dan todas las significaciones de los nombres) — se creyeron con derecho para afirmar que el

sentido del color se ha modificado en nuestra especie durante la época histórica.

Acogida con favor, la teoría estuvo en moda. Al ilustre Gladstone, ministro de Hacienda de la Gran Bretaña entonces, le pareció bien aceptar la moda. Así se veía la prueba de la superioridad de nuestros civilizados actuales, sobre los griegos y los romanos, y con mayor razón sobre todos los salvajes. No se reflexionó que los tártaros ven á simple vista los planetas de Júpiter, que los cafres, cuya penetración visual es como 3 á 2, podrían, si se tomaran la molestia, distinguir tonalidades imperceptibles á nuestra vista. Otra cosa que no se tuvo en cuenta es que los hotentotes, los miserables hotentotes, poseen en su lengua treinta y dos expresiones para designar los colores diferentes. En sí misma, la teoría de Geiger parece plausible; nosotros diríamos hasta que es verdadera, pero afirmando que el desenvolvimiento de que se trata se ha efectuado en un período bastante más largo que los tres ó cuatro mil años de historia. Sea lo que fuere, la cuestión ocupaba entonces los espíritus; Bessels pintó en diversos colores una hoja de papel cuadriculado y preguntó á trece itayanos, hombres, mujeres y niños, á cada uno por separado. Todos distinguieron los cuadros blancos, amarillos, verde oscuro y negro, pero ninguno pareció diferenciar el castaño del azul. La observación es interesante, pero no decisiva. Recuérdese cómo se enseña á nuestros escolares el modo de mirar para ver, de escuchar para oír. Nosotros no percibimos netamente más que los objetos sobre los cuales nuestra atención,